

CARLOS FORTIN GAJARDO

SCHOPENHAUER, FILOSOFO DE  
LA CLARIDAD

---

“TODA LA filosofía, y la teoría del carácter del mundo y del espíritu humano. Seis veces por semana, de 4 a 5. Dr. Schopenhauer”.

Este insólito aviso permaneció por espacio de once años en uno de los pasillos de la Universidad de Berlín y, por lo que veremos, muy pocos repararon en él desde 1820 hasta 1831.

El doctor Schopenhauer había sido aceptado para dictar una cátedra de Filosofía, previa la presentación de su tesis y de un riguroso interrogatorio a cargo del catedrático Jorge Guillermo Federico Hegel. Cuentan los historiadores de la época que en el diálogo sostenido entre ambos filósofos salió airoso el joven candidato.

Por lo demás, la opinión que el postulante tenía de su examinador puede sintetizarse en estos conceptos, tan propios de Schopenhauer: “trivial, insulso, repulsivo e ignorante charlatán que escribió con descaro, extravagancia y locura nunca vistas, lo que sus venales secuaces pregonaron como sabiduría inmortal, aceptándola como tal otros necios”. ¿Y en cuanto a su doctrina? Por todo comentario, esta frase lapidaria: “El hegelianismo fue un disparate que dio de comer a su inventor”.

Por aquellos días, Hegel dictaba sus clases ante una legión de ansiosos discípulos y el consenso lo señalaba como el filósofo por excelencia.

Sin embargo, Schopenhauer pidió que se fijara para sus lecciones el mismo horario de Hegel. Como resultado de esta pugna, muy pocos acudían a las clases de Schopenhauer. Tal circunstancia no impacientaba al filósofo de la voluntad. El seguía esperando discípulos.

Se dice que en una época sus únicos alumnos fueron un caballero, un cambista, un dentista y un capitán de ejército. Acaso si esta muestra de desinterés no era ajena a una circunstancia especial. En efecto, la filosofía que enseñaba Schopenhauer era algo muy personal: era su filosofía.

Trataremos de sintetizar este pensamiento, cuya claridad, crueldad y realismo sorprenden y seducen a la vez, por su pureza de formas y la profundidad de las ideas expuestas.

Para Schopenhauer existe un mundo aparente y otro real. El aparente es el modo cómo la inteligencia se representa las cosas; es, entonces, nuestra representación. Para hallar el mundo de la realidad se precisa buscar, en sí, lo que existe más allá de la inteligencia, más allá de las representaciones.

La apariencia que ofrece el mundo “proviene de la constitución de nuestra inteligencia, de la manera cómo se ve forzada a representarse las cosas. Como fenómeno, el mundo es mi representación. Suprimid mi representación y el mundo fenomenal se desmoronará para mí; si suprimís toda representación en el mundo, quedará suprimido el mundo fenomenal entero. Ahora bien, la facultad de representarse los fenómenos y reunirlos bajo la ley de la causalidad o del determinismo, es la inteligencia. El mundo fenomenal existe solamente por la inteligencia y para la inteligencia”.

Recuerda Schopenhauer que los filósofos han situado la esencia de la mente en el pensamiento y la conciencia. Cree que tal error radical debe ser descartado cuanto antes. “Lo consciente no es más que la superficie de nuestras mentes, de las que, como la tierra, sólo conocemos la costra. Hay debajo del intelecto consciente una fuerza superior: la voluntad. Consciente o inconsciente, es una fuerza vital que persiste y lucha, una actividad espontánea, un imperioso deseo”.

Creemos, a veces, que el intelecto conduce a la voluntad; pero su papel consiste únicamente en el del lazarillo que conduce al amo: “es el ciego robusto que lleva sobre sus hombros al cojo que puede ver”.

El siguiente paradigma del filósofo será más elocuente: “Nada es más irritante, cuando estamos argumentando contra alguien con razones o explicaciones y dándonos todas las molestias posibles para convencerlo, que descubrir al fin que él no quiere comprender, que tenemos que enfrentarnos con su voluntad”. Y la voluntad es más fuerte que el intelecto y el raciocinio. La voluntad es la ley determinista de la necesidad ciega.

Schopenhauer recoge el pensamiento de Aristóteles, según el cual hay dentro un poder que moldea todas las formas, en las plantas y en los planetas, en los animales y los hombres. Esto es lo que el filósofo pesimista llama "voluntad".

\*  
\*   \*  
\*

El pesimismo de Schopenhauer podría arrancar de su infancia.

Giovani Papini, el tremendo demoledor de ídolos, acota que el filósofo de Dantzig "pasó de la pubertad a la vejez sin conocer los anhelosos fuegos de la juventud". Y en esto, acaso no le falte razón. Su padre era un comerciante próspero y en este medio financiero y mercantil vivió el muchacho su primera frustración intelectual. Su madre, Juana Enriqueta, una novelista dotada de especial inteligencia y de un agrio carácter, amaba la libertad y no deseaba ataduras familiares. Muerto el esposo, pudo disfrutar de la ansiada independencia, pero tal conducta hirió profundamente al hijo, dejando esa huella y ese hondo rencor hacia las mujeres que trasunta su filosofía.

El hombre que no conoció el calor de un hogar ni las ternuras de sus padres, estaba condenado a ser el filósofo del pesimismo.

Cuenta uno de sus biógrafos que vivía bajo la obsesión de peligros en acecho. "Jamás se confiaba a la navaja de un barbero y dormía con pistolas cargadas, bajo su almohada". Le molestaba e irritaba el ruido. Por este horror al ruido y su sañuda introversión, William Sheldon puede clasificarlo entre los temperamentos cerebrotónicos.

Tal pesimismo iba a ser, sin duda, reforzado por el poco éxito de su obra maestra: *El mundo como voluntad y como representación*, ya que un gran número de sus ejemplares debió ser negociado como papel viejo. De allí que Schopenhauer exclamara: "Las obras como éstas se parecen a espejos: si se mira un asno, no hay que esperar se refleje un ángel".

Afirma Schopenhauer que el bienestar y la dicha son enteramente negativos. Sólo el dolor es positivo. Tal convicción lo lleva a sostener que el hombre nunca es feliz, pero aspira siempre a serlo. La vida es lucha incesante, deseo nunca saciado, miseria, sufrimiento, desilusión. "Si existiese un Dios merecería que un demonio lo torturase por haber creado un mundo semejante;

pero Dios no existe. Lo único real es que vivimos en el peor de los mundos posibles". Era nada menos que la pulverización de la *Teodicea*, de Leibniz y del axioma cumbre del optimismo, según el cual todo está perfectamente en el mejor de los mundos posibles.

El pesimismo responde a este apotegma que el hombre ha sido lanzado a una existencia absurda y en ella parecería que todo esfuerzo es vano e inútil. Pero al propio tiempo es una lucha eterna y sin cuartel. "Como todo esfuerzo nace de una necesidad, mientras no queda satisfecha siente dolor; pero cuando queda satisfecha, esta satisfacción, al no poder durar, da por resultado una nueva necesidad y un nuevo dolor. Querer es, esencialmente, sufrir, y como vivir es querer, toda la vida es, por esencia, dolor. Cuanto más elevado sea el ser, más sufre.

"La vida del hombre no pasa de ser una lucha por la existencia con la certidumbre de quedar vencido... La vida es una persecución incesante en la cual todos los seres, tanto los perseguidores como los perseguidos, se disputan los trozos desgarrados de una horrible cacería; una especie de historia natural del dolor que se resume de esta manera: querer sin motivo, sufrir siempre, luchar incesantemente, luego morir, y así sucesivamente, por los siglos de los siglos, hasta que nuestro planeta se desgaje en trozos minúsculos".

¡Toda una filosofía condensada en un bello poema metafísico! Ella recuerda al orgulloso Empédocles de Agrigento, aquel pesimista filósofo, médico y poeta, que al proclamar la miseria de la vida se adelantó en cinco siglos al cristianismo, estableciendo un paralelo entre el mundo y un valle de lágrimas. ¿Qué otra cosa es la existencia terrenal sino un estado de destierro y miseria? Y el cuerpo ¿no es acaso la cárcel del alma?



En su hermosa teoría del arte, nos dice Schopenhauer que el genio está llamado a liberarse de la servidumbre de la voluntad. "Olvidar el yo individual y su interés material, elevando el espíritu a la contemplación pura de la verdad". Tal es la función del arte, una *catársis*, purificación y depuración de los sentimientos.

El artista se libera de menguados intereses personales. El arte mitiga los males de la vida mostrándonos lo universal y eterno

tras lo individual y transitorio. El arte, en consecuencia, vendría a constituir la fuerza eliminadora de la voluntad, que permite contemplar lo universal y eterno.

¿Qué camino nos queda, entonces, si abrazamos la filosofía schopenhaueriana? ¿Acaso el suicidio? Vana solución. Mientras algunos suprimen deliberadamente su existencia, surgen, indeliberadamente, millones de vidas. La voluntad vence a la muerte misma por medio de la reproducción, ese algo que escapa al control de la reflexión y constituye la finalidad última de todo organismo.

De este modo, para el filósofo, el matrimonio no pasa de ser un engaño practicado por la naturaleza. El individuo es burlado por la especie.

Schopenhauer tuvo exacta conciencia de lo transparente de su sistema y de la diafanidad de sus ideas filosóficas, aun cuando presintió —y más que eso—, comprobó con amargura, que ellas pertenecerían sólo a la posteridad. De allí que escribiera: “Mientras más pertenece un hombre a la posteridad, en otras palabras, a la humanidad en general, más extraño es para sus contemporáneos, porque ya que su obra no les está destinada especialmente, sino sólo en cuanto forman parte de la humanidad en conjunto, no hay nada de ese color local familiar en sus producciones que requiera la competencia de ellos. ¿Se sentiría halagado un músico con el aplauso estentóreo de sus auditores, si supiera que casi todos eran sordos y que para ocultar su defecto viera a una o dos personas aplaudiendo? ¿Y qué diría él si supiera que ese tal o esas dos personas habían sobornado gente para garantizar el más vigoroso aplauso al pobre ejecutante?”.

Esta convicción, lejos de motivar desaliento en el filósofo le entrega renovados bríos y hace asomar con mayor firmeza su arrogancia de hombre superior, cuando dirige este mensaje a la posteridad: “Apenas habrá un sistema filosófico tan sencillo y compuesto de tan pocos elementos como el mío; por eso se puede apreciar y comprender fácilmente con una sola ojeada”.